

A ellos conduce una larga,  
 Estrecha y musgosa calle,  
 Do las rosas de Castilla  
 Florecen junto á los sauces.  
 A los colegiales llevan  
 Para que allí se solacen,  
 Y apénas daráse alguno  
 Que aquel sitio no le cuadre.  
 Doquier cuadros pintorescos  
 Forman esos perillanes  
 Que, aquí y acullá, de todo  
 Con gentileza departen.  
 Uno está bajo de un árbol,  
 Otro dice cien donaires;  
 Quien se columpia en las ramas,  
 Quien canta aires populares.  
 Dán vuelta en gallardo coro,  
 Y en charladora falange,  
 E inventan donosos juegos  
 Con un gracejo envidiable.  
 Ora bailan sobre el césped,  
 Ora hablan de su clase,  
 Ora leen á la sombra  
 De melancólicos sauces.  
 ¡ Qué retruécanos ! ¡ qué dichos  
 Tan agudos, tan picantes !  
 ¡ Qué sentencias de los clásicos !  
 ¡ Qué versos latinos hacen !  
 Maldicen de aquel encierro,  
 Charlan de los seculares,  
 Y reniegan de los dõmines,  
 Tachan á los hombres grandes.  
 Argumentan sutilmente  
 Con su ergotismo incansable,  
 Comen várias golosinas,  
 Y huelgan toda la tarde.

## III.

Con razon de fama han sido  
 Y hasta de estoque y romances,  
 En las intrigas tan duchos,  
 Y en amoríos cabales;  
 Los estudiantes de España  
 Y los de Italia y de Flandes,  
 Pueblos en armas ilustres  
 Y prez de Universidades.  
 Del glorioso Cárlos Quinto  
 En los tiempos memorables,  
 En la época de Quevedo  
 Y el gran duque de Olivares.  
 Que hubo reinados fecundos  
 En aventuras galantes,  
 En palaciegas fortunas,  
 Y en hazañas remarcables.  
 Ya en castillejos morunos,  
 Ya en monasterios feudales,  
 Ya en los villorios que riegan  
 El Genil y el Manzanares.  
 De Sevilla y de Toledo  
 En los famosos alcázares,  
 Y en la coronada Villa  
 Entre damas principales.  
 ¿ Qué vale en amor la alcurnia ?  
 ¿ De qué la prosápia vale ?  
 ¿ La heráldica de los reyes ?  
 ¿ La alteza de los solares ?  
 En las tales aventuras  
 Siempre hubieron de encontrarse  
 Cuadrilleros y alguaciles,  
 Moriscos y judaizantes.



Las dueñas y rodrigones,  
 Los taimados familiares,  
 Los bufones y pecheros,  
 Los ladinos estudiantes.  
 Allá en la gentil Granada  
 De los minarettes árabes,  
 De los floridos pensiles  
 Y los encantados cármens.  
 No ménos que de la Francia  
 En las heróicas ciudades,  
 Bibliotecas de las ciencias  
 Y museos de las artes.  
 Raras novelas pasaban  
 En que solían mezclarse  
 Los monjes benedictinos,  
 Los prelados y magnates.  
 En el pueblo y en el trono,  
 La nobleza y los altares,  
 Y en todas esas leyendas  
 Se habla de los estudiantes.  
 Salamanca y la Soborna,  
 Parma y Alcalá de Henares,  
 Nos describen en sus crónicas  
 Fechos de los estudiantes.  
 Refieren rancias historias,  
 Cuentan casos singulares,  
 En que representan ellos  
 Los papeles principales.  
 Nos relatan sus derroches,  
 Sus devaneos y arranques,  
 Sus serenatas nocturnas,  
 Sus pendencias en las calles.  
 Bachilleres en las letras,  
 Epigramas ambulantes,  
 Diccionarios de la crítica  
 E infierno de liviandades.

De licenciosas costumbres,  
 Catadores como un fraile,  
 Arsenal de busca pleitos,  
 Semillero de refranes.  
 Cortejando á ricas hembras  
 Y silvando á los farzantes;  
 En la cátedra sutiles,  
 En régia corte galanes.  
 Con el temple de un soldado,  
 La voz de fresco sochantre,  
 Mitad gentiles garzones,  
 Mitad zurdos sacristanes.  
 Burlándose en los corrillos  
 De un entierro si les place,  
 Y en pugna con los finchados  
 Doctores y militares.  
 Doctos en la gaya ciencia  
 De trovar en madrigales,  
 Fumadores sin descanso  
 Y de virtudes dudables.  
 Terror de los hidalgüelos,  
 La zumba de los *Corrales*,  
 La alegría de las Férias,  
 Gala del libertinage.  
 Puesta una mano en el hierro  
 Miéntras con la otra tañen  
 Una guitarra morisca,  
 Allá en escusada calle.  
 Desfacedores de entuertos  
 Que á las tapadas les salen,  
 Y en zambras y descarríos  
 Sus deudas no satisfacen.  
 Quehacer dando á la justicia-  
 Hay entre ellos haraganes  
 Que con gitanas se asocian,  
 Bandidos y saltimbánquis.



Evocan á los endriagos,  
 Son los duendes sus compadres,  
 Quizá á las brujas espantan  
 Para que no chupen sangre.  
 Bien escalan un convento,  
 Bien se cuelan como el aire  
 Por el ferrado postigo,  
 Hasta los brazos de un ángel.—  
 No creen en exorcismos,  
 Se burlan del Santo Padre,  
 Ni domeña su altiveza  
 La lobreguez de una cárcel.  
 Feudo ejercen en su pueblo,  
 Por sus mil inmunidades,  
 Sin balladar en el vicio,  
 Con sal de gloria en el baile.  
 Tal es la tosca pintura  
 Del tipo del estudiante,  
 Allá en los tiempos de antaño,  
 Que no en los tiempos actuales.  
 De *Anton Lizardo* las crónicas  
 Nos pintan hechos audaces;  
 Endiabladas aventuras,  
 Pero que escuecen las carnes.  
 Del *Forzador de Sevilla*  
 Se escriben rasgos infames,  
 Inauditos infortunios,  
 Tormentosas mocedades.  
 Rebuscando cronicones  
 Los poetas alemanes,  
 Nos refieren misteriosas  
 Tradiciones singulares.  
 La romántica Alemania  
 Con sus Universidades,  
 Repertorio es de leyendas,  
 Vasto archivo de romances.

Era que en aquellos siglos  
 De generosos alardes  
 Y de virtudes heróicas,  
 Eran los crímenes grandes.  
 Que todo llevaba el sello  
 Del heroísmo; indomables,  
 Superciosos, valientes,  
 Eran los hombres gigantes.  
 La humanidad en porfia,  
 El hombre en lucha incansable  
 Contra el airado elemento  
 De pasiones y desastres.  
 Naufragios de la esperanza,  
 Molinos de viento, achaques,  
 La filosofía en práctica  
 Del Quijote de Cervantes.—  
 Mas volvamos á esa huerta  
 En donde aquellos truhanes  
 Aporrean despiadados  
 A los árboles frutales.  
 Cortan flores de los cercos,  
 Se bañan haciendo alarde  
 De nadar como unos peces  
 En las aguas del estanque.  
 Punteando sus vihuelas  
 Bajo las ramas del parque,  
 Se acuerdan de las canciones  
 Que cantaban sus beldades.  
 Allá en sus nativos pueblos,  
 Allá en los paternos lares,  
 Durante sus vacaciones  
 De venturas codiciables.—  
 Como un infierno de avispas  
 Los mas en desórden salen  
 Para con gentil despejo  
 Junto á la puerta formarse.



## IV.

Con qué alboroto se vuelven  
 Al colegio, en esas calles  
 Siendo la risa de todos  
 Por su ridículo trage.  
 Chulean á las muchachas  
 En su tránsito, y aplauden  
 Al pié de altivos balcones  
 Si escuchan la voz de un ángel.  
 Llegan á la Plaza de Armas  
 Cual bulliciosos enjambres,  
 Y en los estrados de piedra  
 Descansan rápido instante.  
 Vuelven á seguir su marcha  
 De dos en dos, sin callarse,  
 Hasta que entran al Colegio  
 Cual agitado oleaje.  
 Los juéves y los domingos  
 Hay paseo por las tardes,  
 Y vamos á la *Alameda*,  
 A las barrancas *del Carmen*,  
 O allá á los baños *de Alonzo*,  
 O allá á la *Quinta de Batres*,  
 A la *Presa*, al solitario  
*Campo Santo de los Angeles*.  
 A *Mezquitán* y á esa huerta,  
 "Baños de los Colegiales."—  
 De Comunidad es siempre  
 Peligroso desertarse:  
 Contra tan grave delito  
 Se establecen penas graves.—  
 Yo con todo me escabullo  
 De entre ellos, si no es que ántes,

Burlando la vigilancia  
 De los dómines, me escape.  
 Colándome á alguna tienda,  
 O zahuan de casa grande,  
 Metiéndome á alguna Iglesia  
 Mal compungido el semblante.  
 Bien salve espesa muralla,  
 Bien al jardinero atrape,  
 Lo soborne y con sus ropas  
 A escondidas me disfrace.  
 Sea al carro de la alfalfa  
 Me introduzca en son de fraude,  
 Y el hortelano á los ojos  
 De todos ellos me saque.  
 Lo cierto es, vuelo á su lado  
 Llevándola tierno amante  
 Unos botones de rosa,  
 Un ramito de azahares.  
 Como exhalacion cruzando  
 Voy las plazas y las calles,  
 Y solo dando con ella  
 Cumplo mis tiernos afanes.  
 Ya la encuentro en la ventana  
 Agúardeme ó no me aguarde,  
 Y ¡cuál suspirando llego  
 Hasta los piés de ese ángel!  
 Y á su casa me introduzco,  
 Que en el corredor me place  
 Oirla cantar, tan triste  
 Cuando ya espira la tarde.  
 A veces se pasa el tiempo  
 Y ¡qué de dificultades  
 Tengo que vencer entónces  
 Para ir tras los colegiales!



## V.

Se me vigila de cerca,  
 Se conocen mis disfraces,  
 Y cuando entran á capilla  
 Cierran la puerta con llave.  
 Hay que ocurrir al ingenio,  
 A probadas amistades,  
 Al soborno de los mozos,  
 A hipócritas familiares.  
 Contra los argos porteros  
 Tengo que entrar en combate.  
 Es el uno quisquilloso  
 Y tan sutil como el aire:  
 Nécio y porfiado el segundo,  
 Santurron y despreciable,  
 Por añadidura imbécil  
 Y de insufrible carácter.  
 El tercero de un novicio  
 Es la verdadera imágen,  
 Con cara de San Antonio  
 Y almibarados modales.  
 Ante el primero he tenido  
 Muchas veces que estrellarme,  
 Lo venzo siempre al segundo  
 Sin astucia y sin corage,  
 Y el último ¡cuál se ablanda  
 Con dádivas y con gajes!  
 Al menor antojo mio  
 El postigo aquel me abre.  
 Mas por semanas se turnan,  
 Pero amigo de mi parte  
 Con calma ejerce sobre ellos  
 Cierta dominio muy hábil.

Sopla una noche y apaga  
 Adrede el farol,—¡aguarde!—  
 Miéntas yo como una víbora  
 Me deslizaba anhelante.  
 De aquel portero el mas zorro,  
 Salió en ese año compadre,  
 Y otra noche en que cenaba  
 El tal vicho, sin turbarse,  
 Entrase en la porteria  
 De puntillas ¡qué donaire!  
 “Quién soy?” le dice fingiendo  
 La voz con gracejo y arte,  
 Miéntas que el topo adivina  
 Y de los ojos quitarse  
 Puede las amigas manos,  
 Logro en silencio colarme.  
 No valen castigos rudos,  
 Ni reconvenciones valen,  
 Cuando es mayor el peligro  
 La excitacion es mas grande.  
 Las noches de serenata  
 Ganas me dán de escaparme,  
 Y lograr ese árduo empeño  
 Me es una cosa muy fácil.  
 Luenga barba ajusto en torno  
 De mi pálido semblante,  
 En ancho albornoz me envuelvo  
 Y héteme puesto en la calle.  
 Doy una vuelta en la plaza,  
 Ella no está ¡fuera en balde  
 Querer gozar! torno entónces  
 A mi siempre odiosa cárcel.  
 De las mismas procesiones  
 Me deserto, esto es mas grave,  
 Yendo el Rector en persona,  
 De gala los colegiales.



Una noche entré fingiendo  
 Ser un redomado sastre,  
 Y otra noche con los hábitos  
 De un mercedario, ¡qué fraile!  
 Ya dos días con sus noches  
 Me estuve fuera en la calle,  
 Por asistir en San Pedro  
 Con ella, tal vez á un baile.  
 Un zángano del servicio,  
 Entendido como nadie,  
 Marmiton de las cosinas  
 Del Colegio, el *Padre Alambre*;  
 De extremada sutileza  
 Y de silencio probable,  
 Me sacaba en un canasto,  
 Aunque nunca era de balde;  
 A guisa de hojas de coles  
 Que no de ricos fiambres,  
 Volviendo luego á traerme  
 A la espalda como ántes.  
 Con ayuda de un amigo  
 Que en dificultosos lances,  
 Con sorna y tino discreto,  
 Me sacó en limpio y avante.  
 Mi imaginacion se exalta  
 Avida por espaciarse,  
 Mi organizacion se excita  
 Y es mi afán desesperante.  
 Me entristece tanto encierro,  
 Me aburre tanto desaire,  
 La uniformidad me cansa,  
 Me hastían los colegiales.  
 ¡Todos los días lo mismo!  
 Me duermo siempre en la clase,  
 O entrerenglono mis libros  
 Y escribo en ellos con lápiz.

Vuelta á tocar la campana,  
 Vuelta siempre á lo de ántes,  
 A roncar en la capilla,  
 Torna á odiosas vecindades.  
 Dentro de cuatro paredes,  
 Sin sociedad, sin ensanche  
 El espíritu, sin calma,  
 Sin la libertad amable.  
 En continuas privaciones,  
 Siempre en dáres y tomáres,  
 Viviendo en comun familia  
 Con seres tan despreciables.  
 De educaciones distintas,  
 Y de costumbres vulgares,  
 Siempre atisbando malignos,  
 Siempre en cobarde espionaje.  
 La adulacion y la intriga,  
 Hoscos y ariscos semblantes  
 En decuriones soberbios,  
 En celadores parciales.  
 Los menguados sobrenombres,  
 Las negras enemistades,  
 La envidia puesta en acecho,  
 El sarcasmo y los refranes.  
 En el corrillo, en la cátedra,  
 ¡Qué miserias, qué ruindades!  
 La predileccion injusta  
 En sabatinas y exámenes;  
 La aversion de los maestros,  
 Tal son las comunidades,  
 Y se sufren en su seno  
 Mil tormentos infernales.  
 Sepultado en el recinto  
 De una celda miserable,  
 Me sofoca aquel ambiente,  
 Ganas me dán de matarme.



Me roban mis manuscritos,  
 Y en burlarme se complacen,  
 Que me han declarado loco  
 O maniático incurable.  
 Los alimentos me dañan,  
 Vivo en guerra y, por remate,  
 Paso en vigilia las noches,  
 Súcio y raído es mi trage.  
 Poco medrando en las letras,  
 Mucho aquí no he de ilustrarme,  
 Me arrastro como un espectro,  
 Galvanizado cadáver.—  
 ¡Horrible tédio sin nombre  
 Y que no puede acabarse!  
 Tal es mi vida en compendio  
 Porque sé ha dicho mi padre,  
 Que dejaré este sepulcro  
 Solo que los colegiales,  
 La beca en señal de duelo,  
 Tras de mi féretro arrastren.  
 Como es un jardin el pátio  
 Donde mansa fuente esparce  
 Lluvia de cristal sonoro  
 Que humedece los rosales;  
 Cuando reposa en silencio  
 Este edificio tan grande,  
 Yo bajo con tierno amigo  
 A aquella fuente á sentarme.  
 El vela en cuita amorosa  
 Y confidencias me hace  
 De una pasion ignorada,  
 De no cumplidos afanes.  
 Yo pienso en ella y suspiro,  
 Lloro y si llorara á mares,  
 No desahogara mi pecho  
 ¡ Ay ! de infortunios fatales.

La reprobacion celeste  
 Presiento que está tonante,  
 Pronta sobre mi cabeza  
 Como un rayo á desgajarse.  
 Siento que se hace pedazos  
 Mi corazon ¡pobre mártir!  
 Mis lágrimas una á una  
 Caen con el agua á mezclarse.  
 A ese amado bosquecillo  
 Voy siempre todas las tardes,  
 Y cuando al romper el dia  
 Se oyen las garrulas aves.—  
 ¡ Ay ! me ahogo en esta tumba,  
 Dadme espacio, dadme aire,  
 Dadme libertad ¡Dios mio!  
 Que mis tormentos acaben.  
 Yo no reconozco límites  
 A mi afan, ni balladares;  
 Vivo cuando ruge el trueno  
 Y braman las tempestades.  
 Ansío otros horizontes,  
 La inmensidad de los mares,  
 Lo infinito de los cielos,  
 La voz de los huracanes.—  
 Quiero las álas del águila  
 Caudal, para así lanzarme  
 Y atravesar del desierto  
 Las inmensas soledades.  
 Yo amo la vida, la gloria,  
 Germinan en mi alma grandes  
 Mil sublimes pensamientos,  
 Generosos é inmortales.  
 Busco los rayos lucientes  
 Del sol, para coronarme,  
 Ya me parece que un dia  
 El Universo me aplaude.



¡Italia en vez de esta tumba,  
 El génio, la luz, las artes,  
 Una página en que escriba  
 Ese nombre de mi arcángel!—  
 Tales son mis ambiciones,  
 Mis álas robustas baten,  
 Pero desmayan cansadas  
 Sin que rompan esta cárcel.—  
 Me estoy muriendo de pena,  
 Y es cosa que nadie sabe  
 Definir cómo en el alma  
 Puede el aliento agotarse.  
 Es mi juventud de fuego,  
 Corcel de instinto salvaje,  
 Que si correr no le dejan  
 El mismo podrá matarse.  
 Mi espíritu se parece  
 Al gran condor de los Andes,  
 Que á la atmósfera abrasada  
 Del sol quisiera arrojarse.  
 Es mi corazón inmenso  
 Cual catarata gigante,  
 Que omnipotente desborda  
 Sus poderosos raudales.  
 Corcel, condor y torrente  
 Presos no pueden estarse,  
 Necesitan del espacio,  
 De ignotas inmensidades.  
 No mis mas floridos años  
 Por desdicha se malgasten;  
 Dejadme pulsar la lira  
 Y que cante á Dios dejadme.  
 Magnificar su grandeza  
 Y de amor tributo darle—  
 En gloria del estro mio  
 Dadme luz, espacio y aire.

## LA SEÑA EN LA CATEDRAL.

(Colegio Seminario, Marzo 28 de 1852.)

## I.

Hace rato una campana  
 Vibrando en el aire está,  
 Y es que anuncia se celebra  
 La Señá en la Catedral.  
 Bajo las augustas bóvedas  
 Con santa solemnidad,  
 Simbólico se efectúa  
 Lúgubre ceremonial.  
 Los canónigos arrastran  
 Su luengo trage talar,  
 Con sus capuchones negros,  
 Grave y adusta la faz.  
 Uno á uno se arrodillan  
 Frente del soberbio altar,  
 Mientras que un anciano ondea  
 Estandarte funeral.  
 Cual fantasmas silenciosas  
 Póstranse en solemne paz,  
 Y el de la negra bandera  
 Con cruz roja, en pié se está;  
 Y arrastrando sobre todos  
 Va con mesurado afán  
 Aquella triste mortaja  
 Como enseña sepulcral.  
 Mientras cantan en el coro  
 Los infantes, y á la par  
 Melancólico un piano  
 Preludia sentimental.  
 Termina la ceremonia,  
 Y con misterioso andar



Y llevando los acólitos  
 Sus negras caudas detras;  
 Los canónigos desfilan  
 Con severa magestad,  
 Al son de música triste,  
 Y uno tras otro se ván.

## II.

Queda una nube de aromas  
 Y el santo silencio es tal,  
 Que se oye el chisporroteo  
 De los cirios del altar.  
 Se retiran poco á poco  
 Los concurrentes, mas ¡ay!  
 ¿Qué mirada de algun ángel  
 Me hace estremecer, temblar?  
 Ella reza de rodillas,  
 Sus hermanas allí están,  
 Como un grupo de querubes  
 Que ora á los piés de Jehová.  
 Junto á la pila del agua  
 Bendita, la fuí á esperar:  
 Llegó magestuosa y pura  
 Y alzó su divina faz.  
 Tomó el agua con la yema  
 De los dedos, ¡qué piedad!  
 Y la ví su hermosa frente  
 Con devccion persignar.  
 Se inclinó, casto saludo  
 De mi hermosa, angelical,  
 Y al ruborizarse entónces  
 Resplandeció su beldad.  
 ¡Ah! ¡qué mirada la suya,  
 Santa, infinita, inmortal!  
 ¡Ni mas allá de la tumba  
 La he de poder olvidar!

## VII.

## EN EL VIERNES DE DOLORES.

[Casa de las Cárdenas, Abril 2 de 1852]

## I.

Es noche de ver altares,  
 Doquier la música suena,  
 De aroma el aire se llena,  
 Brillan luces á millares.

Sin velo de nube alguna  
 En el magnífico espacio  
 Luce orlada de topacio  
 La melancólica luna.

Como es viérnes de Dolores,  
 En la plaza de Venegas  
 De las huertas y las vegas  
 Se vendieron muchas flores.

Noche es de regalo y gloria,  
 De veladas y alegría;  
 Es que á la Virgen María  
 Consagran santa memoria.

De ventanas y balcones  
 Sale un resplandor inmenso,  
 Nubes con olor de incienso,  
 Y armónicos, blandos sonos.

Los cohetes centellean  
 En la atmósfera azulada,  
 Corre la gente apiñada,  
 Todos alegres vocean.